

ANÁLISIS DE ACTUALIDAD

¿Un nuevo Bretton Woods o un nuevo Versalles?



Juan Tugores Ques
Catedrático de Economía de la Universidad de Barcelona

Aunque los debates acerca del alcance y significado de las reuniones de Washington del famoso G-20 tienen como referente las comparaciones con la conferencia de Bretton Woods de 1944 no deberíamos olvidar la otra gran ocasión en que durante el siglo XX se trató de articular un nuevo orden económico y político internacional: la conferencia de Versalles tras la primera guerra mundial que cristalizó en 1919 en el Tratado que lleva el nombre de la sede más grandiosa de la monarquía francesa.

Por supuesto que todas las comparaciones son odiosas. Y además pueden ser inapropiadas sobre todo cuando se constatan los grandes cambios en la economía y las finanzas globales de las últimas décadas, que han dejado obsoleto el marco institucional de "governance" establecido en Bretton Woods. Pero, puestos a asumir lecciones de la historia, las comparaciones con Versalles tienen sentido al menos por tres razones. En primer lugar, porque las décadas inmediatamente anteriores a la primera guerra mundial fueron el escenario de un incremento notabilísimo de la internacionalización, hasta el punto de ser denominada en ocasiones la "primera oleada de globalización". El hoy reivindicado Keynes describió con elocuencia admirativa cómo se podían efectuar desde un lugar de Inglaterra (de hecho el se refería a su propia habitación desde la que tomaba decisiones de inversión de su patrimonio y el de su universidad) operaciones que implicaban activos reales y financieros ubicados en cualquier lugar del mundo gracias a las rápidas y puntuales informaciones que los telégrafos y teléfonos proporcionaban. En segundo lugar, porque en el escenario que condujo al conflicto de 1914 subyacía una pugna entre las economías más establecidas y las entonces emergentes, que alcanzaba a ámbitos que iban desde el aprovisionamiento de materias primas al poder político a escala mundial. Y en tercer lugar, y posiblemente lo más importante, porque el Tratado de Versalles fue una fórmula que no sólo no resolvió los problemas, sino que generó una dinámica que agravó las dificultades, incluidas la hiperinflación en Alemania y Europa central en los años 1920, los temores de unas empobrecidas clases medias que fueron aprovechados por las demagogías fascistas para acceder al poder, las respuestas proteccionistas ante la crisis iniciada en 1929 y la depresión y un nuevo conflicto como colofón. ¿Puede volver a suceder esto si no se hacen las cosas bien en la actual fase de negociaciones?

Importantes diferencias

Naturalmente ahora hay muchas cosas diferentes. La más importante que las economías emergentes, pese a no verse "desacopladas" de la crisis, mantienen en bastantes casos posiciones más sólidas. La profunda revisión de las perspectivas de crecimiento por parte del FMI contraponen tasa negativa del conjunto de países avanzados a una tasa de más del 5% en los emergentes y en desarrollo, viendo China reducida sus expectativas a un insultante 8,5%. Además, cada vez parece más claro que en la dimensión financiera de la crisis existen dos "bolsas" condenadas a encontrarse: la de las entidades financieras de ambos lados del Atlántico

Norte y de las enormes reservas y excedentes de las economías emergentes, incluidas las de base comercial y las basadas en petróleo y otras materias primas. Un tema central de las actuales negociaciones será cómo y a qué precio -económico y político- se produce ese encuentro. Pero otros aspectos, como los temores de buena parte de los trabajadores y de amplios segmentos de las clases a que la factura de la recesión y la crisis financiera recaiga sobre sus hombros -y bolsillos- acentuando la tendencia a la baja de su participación en la distribución de la renta, sí es similar al mundo post-Versalles. Adicionalmente, que los "modelos de éxito" financiero y político en las nuevas potencias emergentes no sean precisamente la democracia avanzada ni la protección social acentúa la explosividad del cóctel.

Versalles no fue realista ni razonable respecto al establecimiento de mecanismos de coope-



El economista británico John Maynard Keynes.

ración internacional ni en lo relativo a la distribución del poder político en un mundo multipolar. Mantener posiciones del pasado fue un lastre demasiado grande para el necesario aggiornamento o refundación del sistema. Bretton Woods fue, en su momento, algo más sencillo -con una hegemonía clara- y tal vez ello tuvo que ver con las décadas de expansión internacional que le sucedieron. Ante los ingentes retos del presente y la vuelta a una economía policéntrica, tan importantes como las moralejas de la obsolescencia del sistema en las últimas décadas o de las clamorosas deficiencias recientes (incluidas las de Basilea II) deberían ser -sobre todo para quienes de forma tal vez grandilocuente como acertada apuntan al carácter histórico del momento- las lecciones de un fracaso como el de Versalles que no podemos permitirnos el lujo de repetir. Especialmente a la vista de algunos síntomas preocupantes de la forma en que se afrontan inicialmente las negociaciones.

VISIÓN PERSONAL

Madrid, capital de la empresa familiar



Jesús Macarrón
Presidente de la Asociación para el Desarrollo de la Empresa Familiar de Madrid (ADEFAM)

En los próximos días, Madrid se va a convertir en el centro de reunión de más de 400 empresarios, en representación de la empresa familiar, una realidad que conforma de manera inequívoca el tejido industrial de nuestro país, con más de un millón y medio de empresas, y un impacto económico que supera el 70% del PIB español. La mayor parte de las autoridades económicas españolas, y máximos responsables políticos, han confirmado su presencia, lo que hace presumir que este encuentro adquirirá una relevancia especial, a tenor, sin duda, del complicado momento por el que atraviesan las economías mundiales y nacional.

Mi papel, como Presidente de ADEFAM, esta vez anfitriona junto con el Instituto de la Empresa Familiar de este cónclave de empresarios, es dar la bienvenida a ponentes y participantes. Pero no quiero perder la oportunidad de reflexionar en voz alta acerca de lo que representa la empresa familiar en este momento crucial para nuestra economía y el logro del bienestar colectivo.

Sin querer aportar una nueva visión de las causas que han llevado al mundo a esta delicada situación financiera, sí quiero remarcar que la situación del crédito, más allá de una entelequia que apenas llegan a vislumbrar algunos pocos en su enorme complejidad técnica, está amenazando con detener la actividad empresarial, eso que todos conocemos como la economía real, de cuyo estado de salud dependen directamente la generación de empleo y el bienestar colectivos.

Pensamos que las medidas anunciadas por el Gobierno van en la buena dirección: inyectar al sistema cincuenta mil millones de euros, y avalar con otros 100.000 las emisiones de nueva deuda de las instituciones financieras. Todo es poco para reinstaurar la estabilidad del sistema financiero. Pero se necesita en primer lugar rapidez para poner en marcha estas medidas, y en segundo, reconstruir la confianza sobre las unidades productivas.

Financiación

El esfuerzo y los medios para salir de la crisis deben repartirse también entre las empresas, y eso aconsejaría avalar con instrumentos financieros desde las instituciones públicas las necesidades de financiación de las empresas que han demostrado una trayectoria intachable, basada en la prudencia, la contención de riesgos y el cumplimiento de sus compromisos. Muchas lo están pasando realmente mal al ver que desde los bancos se les recorta o niega el crédito que necesitan para cubrir su actividad en el día

a día, e incluso antes de que las medidas gubernamentales hayan entrado en vigor, habrán desaparecido.

Creo que la crisis financiera, con ser un problema de primer orden, y prácticamente sin precedentes, está ocultando a nuestras autoridades el bosque. Y el bosque es la economía real. Si esta falla, aún tardará más el sistema financiero en recobrar, pues se romperá la cadena de transmisión entre los excedentes monetarios, generados primero por los beneficios y el ahorro, y las organizaciones necesitadas de recursos para poner en marcha o continuar con su actividad. En este contexto, no podemos olvidar que ayudar a las empresas, es asegurar que los recursos lleguen a las familias en forma de puestos de trabajo y rentas.

Iniciativa empresarial

Tengo la absoluta convicción de que España y el mundo entero saldrá de esta crisis, y estoy persuadido de que esta vez, de nuevo, la solución no vendrá de fórmulas mágicas, sino de las empresas. Fundamentalmente, de su coraje, de su empuje, y también de su humildad para sobreponerse a la difícil situación y seguir generando empleo, riqueza y bienestar a las sociedades. Por esta razón, aunque la enfermedad financiera demande soluciones audaces y decididas, no olviden nuestros gobernantes que hay una economía real que requiere también de medidas directas y urgentes. Aliviamos, pues, las cargas fiscales sobre las empresas, arbitremos instrumentos de garantías públicas que liberen el crédito, flexibilicemos el marco laboral, pongamos a punto la maquinaria productiva para que, cuanto antes, pueda alcanzar su velocidad de cruce. Estas medidas, y no otras, sí que supondrían acudir veloces al núcleo del problema, sin distraernos en poner paños calientes a las consecuencias.

En las puertas del Congreso de la Empresa Familiar no quiero dejar de aludir a un punto que considero clave en la actual coyuntura económica: el elogio al carácter emprendedor de los ciudadanos y de la iniciativa individual, que distingue a las sociedades más prósperas. En este país, con ocasión de múltiples reformas de nuestro sistema educativo, no nos hemos puesto de acuerdo sobre el mejor modelo de garantizar una enseñanza de calidad. Pues bien, por difícil que sea el momento actual, hemos de empezar a planificar y gestionar el futuro, y éste pasa por formar a personas libres, conscientes de que el progreso individual y colectivo pasa por una formación sólida, basada en el conocimiento, el esfuerzo y la iniciativa personal, de los que siempre deriva una fuerza multiplicadora.